

## UNA POLEMICA RUBENIANA

(Nota para el estudio de la fama póstuma de Rubén)

P O R

JORGE CAMPOS

La muerte de Rubén Darío hizo que el sentimiento de su desaparición floreciera en una fúnebre corona de duelos y homenajes que no sabemos se haya cuidado nadie de recoger de las columnas de periódicos y revistas donde el quehacer del gacetillero o el homenaje del poeta quisieron dejar constancia de su duelo. Han quedado como espléndida y dolorida muestra esos poemas que Alfonso Méndez Plancarte colocó como «guirnalda liminar» a su cuidada edición de las *Poesías completas* del nicaragüense, tomadas de esos «fúnebres ramos» aún no visibles en su conjunto: Antonio Machado, Manuel Machado, Juan Ramón Jiménez, Luis Fernández Ardavín, Tomás Morales... (1).

La oleada de manifestaciones de dolor y adhesión lírica no tenía una significación esporádica, simple resonancia de un suceso al que se confiere gran importancia unos días para dejarle caer poco después, al exigirle paso a otra noticia de actualidad más o menos resonante. Por el contrario, respondían a la admiración que Rubén causaba en sus contemporáneos y en el alto grado de eso que denominamos «la fortuna» de un escritor, y que empieza a contar al otro día de su muerte.

Machado, Valle-Inclán, el propio Juan Ramón, no renegaron de su rubenianismo. Un grupo de poetas más jóvenes se continuaban proclamando con orgullo seguidores suyos. Hubo de pasar algún tiempo para que esa «fortuna» decayera y se negasen valores al poeta del colorismo y el verso brillante.

Por eso es más extraña la dureza del ataque que le lanzó, en abril de 1917, casi a un año de su muerte, ese hombre un tanto olvidado, trabajador tenaz, arbitrario en alguna ocasión, erudito otras, con algún desliz de pluma incomprensible, recio como el tópico que quiere caracterizar a lo aragonés: Julio Cejador.

El empujón contra la general estimación del poeta desaparecido se publicó en la revista madrileña *Nuevo Mundo* (2) bajo el título:

(1) RUBÉN DARÍO: *Poesías completas*. Edición, introducción y notas de Alfonso Méndez Plancarte. Aumentada con nuevas poesías y otras adiciones por Antonio Oliver Belmás, Aguilar, Madrid, 1967.

(2) *Nuevo Mundo*, núm. 1219, 18 de mayo de 1917.

El motivo impulsor es la desaparición del poeta argentino *Almafuerte* (Pedro B. Palacios), pero el sentimiento que le produce esta desaparición lo vuelve contra Rubén Darío, como dando salida a un viejo rencor producido por la distinta estimación que se hiciera, en vida, a ambos poetas. Leamos su comienzo:

ALMAFUERTE HA MUERTO. ¿Quién era Almafuerte? A la muerte de Rubén Darío dijéronnos los poetas que había fallecido el último de los vates de lengua castellana y el más grande de los vates de la raza española. Ni era el último ni era el más grande. *Almafuerte* acaba de fallecer el último día de febrero en la ciudad de la Plata y *Almafuerte* era un vate más vate que Rubén Darío.

El espíritu de Rubén, que *está* a estas horas *en la verdad*, como dicen con profunda filosofía en Aragón, lo sabe muy bien y ha abrazado ya al que la vanidad de artista en este mundo de la mentira no le dejó abrazar, y le ha saludado como niño al hombre, como poeta al vate, como mundano al solitario, como trovador delicado al terrible profeta...

Merece atención y elogio el hecho de que Cejador conociese y estimase así al solitario *Almafuerte*, poeta que en su propio país y dentro de su propia generación «nadaba contra la corriente», en frase de Anderson Imbert que ha caracterizado adecuadamente al recio e insobornable poeta argentino, que tiene algo de Unamuno, algo de Baroja, algo de Joaquín Costa..., sin ser ninguno de ellos. Poeta que no se dejó tentar por el decadentismo al que emparejaba con el afe-minamiento y que, sin embargo, coincidía con los modernistas en la busca de innovaciones métricas o de lenguaje poético. Hombre que Anderson Imbert sintetiza en frases finales de su caracterización, que si no todas, alguna bien pudiera aplicarse a su panegirista del momento:

Creía y no creía en la dignidad del hombre; creía y no creía en Dios y en un orden universal; creía y no creía en la posibilidad de una verdad; creía y no creía en el progreso moral; y así. Lo recio de su pensamiento estaba en la embestida, no importa para qué lado. Pensamiento mal articulado, pero rico en atisbos sobre la mala leche del hombre y las mentiras de la vida social. Es uno de los pocos poetas argentinos del siglo XIX que son estimados por los del siglo XX: lo admiró entonces y lo admiran todavía algunos jóvenes de hoy (3).

Lo que no era necesario era arremeter contra Rubén para enaltecer a *Almafuerte*, aunque el calor del embiste se explique perfectamente por la fuerza vital que aún mantiene la poesía de los dos, enredados

(3) *Historia de la literatura hispanoamericana*, I: «La colonia. Cien años de República», 5.<sup>a</sup> ed. Fondo de Cultura Económica. México, Buenos Aires, 1965; páginas 274-275.

—sin voluntad suya— en la comparación y la polémica, el popular y el arrinconado. Arremetida en que no se llega a rebajar los méritos del nicaragüense, aunque bien bajos quedan al situar sobre ellos los del argentino:

... Buen género el de Rubén: soy de los que se postran ante su poesía. Pero *Almafuerte*, señores poetas modernistas o rubenianos, que no le conocéis o no le queréis conocer, es algo más, no es del género raro, es del género *único* y es del género de todos los grandes vates, que siempre fueron pocos y únicos, pero no raros.

Para Cejador, llevar la poesía al mundanismo de Rubén, cargarla con el atractivo París de sus días, el Versalles del siglo XVIII, la Alejandría decadente era algo muy inferior a la temática del solitario *Almafuerte*. Y aquí es donde descubre enteramente el fondo de un pensamiento que se ha disfrazado algo en los elogios, que ahora nos parece tienen mucho de concesión, cuando menos:

Y era gran poeta, mucho mayor poeta que Rubén.

A continuación, su razonar se desvía de la dirección recta que lleva su argumentación para traer a la lid a otro solitario al que defiende de un injusto olvido: Gabriel y Galán, quien sin tanta violencia ni quizá personalidad como el poeta argentino también se ha mantenido lejos del exotismo y cosmopolitismo de la que podríamos llamar —y Cejador llamaba— escuela de Rubén, esa escuela a la que pasa a atacar con más fuerza y menos respeto que al maestro:

En suma, Rubén Darío sigue y seguirá siendo gran poeta, pero su escuela ha muerto.

El Cejador polemista y firme defensor de sus opiniones cierra su artículo con cierta agresividad:

No murió, pues, con Rubén, el último ni el más grande de los poetas de la raza hispana, señores modernistas. Diríase que todavía no se os asentó del todo la cabeza, cuando aún no podéis contemplar con serenos ojos y mirada firme a dos vates...

A esos dos vates, que eran *Almafuerte* y Gabriel Galán, a los que sin duda ninguna, don Julio Cejador ponía muy por encima de toda la pedrería y amplitud temática del modernismo.



En la misma revista, unos meses después, hallamos otro artículo, respuesta directa al ataque de Cejador. Se titula *Los rubenianos*, y lo firma Emilio Carrère (4). Recordemos que éste es, en aquel momento,

---

(4) *Nuevo Mundo*, núm. 1231, 10 de agosto de 1917.

un poeta que tiene en su haber *El caballero de la muerte* y *Dietario sentimental*, y que había publicado una antología de la poesía de este tiempo que consideraba afín: *La corte de los poetas*.

Su respuesta es, en momentos, más polémica que serena, es una profesión de rubenianismo, que tiene interés, hasta en su tono, por reflejar los conceptos que movían a la poesía y los poetas en ese interregno entre la desaparición de Rubén y la madurez de los que iban a constituir la llamada generación del 27:

Don Julio Cejador habla con menosprecio de Rubén Darío y ensalza con entusiasmo al poeta argentino *Almafuerte*. Esto hace vacilar mis convicciones estéticas: yo creía que Rubén era un mago del verso y *Almafuerte* un ramplón fabricante de cantables de un romanticismo trasnochado.

El señor Cejador, tan admirado como filólogo, como crítico me parece de una escasa sensibilidad estética. Negar a Rubén es una blasfemia, una abominación. Rubén Darío es el poeta único de la lírica castellana, el ennoblecedor del verso, el brujo de las rimas, el que nos ha enseñado que el verso en sí es una obra artística...

Rubén es infinitamente más grande que el viejo bardo Zorrilla, que Espronceda, que Campoamor, que Bécquer, y, claro es, que los poetas menores, como el señor Núñez de Arce, el señor Balart, el señor Cavestany.

A mí no me sorprende. Rubén no puede ser nunca un poeta de muchedumbres. El poeta del vulgo es un temperamento rudimentario, capaz de perpetrar himnos ramplones a la bandera—no conozco ninguna canción patriótica que no sea mala—, elogiar a *El Dos de Mayo* y versos amatorios rimando ojos y enojos y alma y calma. Ved la fama de López García por sus décimas patriotas, que todos saben de memoria, y la pedrea de rípios con que Espronceda nos acomete en la sarta de ramplonerías de su *Canto a Teresa*.

Rubén no será nunca un vate de *Juegos florales* y de cachupinadas de piso tercero, ni sus versos pueden ser cantados por un orfeón.

Completamente moderno y del porvenir, él nos ha marcado el camino a los rubenianos, que sin él estaríamos haciendo imitaciones de Bécquer y de Campoamor, que es lo que se hacía en España antes de *Prosas profanas*. Y los rubenianos somos Villaespeña, los Machado, Mesa, Canedo, Juan Ramón Jiménez, Valero Martín, Pérez de Ayala, Répide, Ardavín, Lloret y el hilvanador de estas líneas. A él se lo debemos todo, y seríamos ingratos no alzando nuestra voz cuando no se respeta debidamente la memoria del

#### *Padre y maestro mágico*

La defensa de Carrère no profundiza. Rompe lanzas por un maestro, casi diríamos por un ídolo. Y dentro de los distintos aspectos que puede ofrecer Rubén no nos deja dudas cuál es el que prefiere: Quien escribió «Sonatina», «Los cisnes», «Marcha triunfal», «Canción de oto-

ño en primavera» y «Margarita» tiene un puesto de honor en el Parnaso castellano y no se le puede tratar como a cualquier chirle rimador.

Vista la discusión, con la limpieza de ambiente que permite el tiempo, no parece que estuviese muy equivocado Cejador en cuanto a la ignorancia que los poetas españoles tienen respecto a *Almafuerte*; Carrère no le discute. Sólo ve en él, como hemos leído, «un ramplón fabricante de cantables de un romanticismo trasnochado».

Bien vista está la adhesión de *Almafuerte* a lo romántico, pero ¿se deduce de un verdadero conocimiento o es simple acusación de vejez, producto de una noticia superficial de su poesía? Carrère sale en defensa de Rubén, y eso es lo que nos interesa en cuanto a la fortuna *post-mortem* del gran nicaragüense. En cuanto a Gabriel y Galán, se lo quita de encima con un elogio, no sabemos en qué medida sincero:

... el grande Gabriel y Galán que, verdaderamente, está un poco olvidado, siendo una de las más altas cumbres de la poesía universal.



Un nuevo episodio de la polémica, que va perdiendo virulencia e interés. Es la respuesta de Cejador, que titula «En defensa de Rubén Darío» (5). En ella se exculpa de una acusación que reputa injusta: El —dice— no ha atacado a Rubén, sino a los rubenianos y modernistas. Al propio Carrère, que se halla entre ellos, le concede «gusto» y echa agua al vino de su primer arremetida.

De hecho la polémica ha terminado y el recio aragonés recoge velas, aunque con toda dignidad. Ha quedado patente que en aquel 1917 no es posible atacar a Rubén. Sus seguidores reaccionan saltando inmediatamente, con violencia, y aproximándose al ataque personal. Pero no creamos que se ha convencido ni que se han modificado sus ideas acerca de la tendencia modernista. Quien desee aumentar las noticias que surgen de esta polémica puede acudir a las páginas de su *Historia de la lengua y literatura castellana*. Pero aún hallamos otras dos pruebas de ello.

La primera, una carta del poeta puertorriqueño José de Diego, que el aragonés publica, sin relacionarla con la discusión que hemos comentado, pero que viene a corroborar sus ideas (6):

(5) *Nuevo Mundo*, núm. 1234, 31 de agosto de 1917.

(6) *Nuevo Mundo*. Fechada el 5 de febrero de 1918. El poeta puertorriqueño, interesante buscador de innovaciones, moriría en julio de ese mismo año, en Nueva York.

Rubén, magnífico, era un poeta de vidrio que sonaba bien por dondequiera y con cualquier luz resplandecía: ritmo y transparencia; luz interior, propia, original, sentimiento espontáneo, de las hondas fuentes de la vida poco y envuelto en nieblas. Para nuestra América, inútil: no prestó calor a un ideal ni levantó una energía nueva.

La opinión del poeta puertorriqueño apunta hacia algo que la actual crítica ha señalado en el modernismo y que se sale de la estrechez de nuestro tema: lo que el modernismo tenía de evasión de la realidad americana. Quizá hacia algo de eso iba también Cejador, como nos lo hace pensar su asimilación de Gabriel y Galán, poeta de menos elevación que Rubén, pero captador de problemas próximos, que podían hacer muy popular su poesía.

Recordemos que no otra era la actitud de Ortega respecto al modernismo, al reprocharle su indiferencia al medio, o en otros lugares de su obra, como al recomendar a Valle-Inclán el camino a seguir (7).

La otra prueba de que Cejador se quedaba con su idea dentro es la serie de artículos que, bajo el título común *La lírica española en la época modernista*, trataba de demostrar la inexistencia de modernismo en la poesía española. La tesis previa le hace forzar un tanto sus juicios sin que deje de tener valor su panorama, que creemos hoy olvidado, si no es que se le pueda llegar a calificar de desconocido.

JORGE CAMPOS  
General Pardiñas, 63  
MADRID

---

(7) Véase el capitulillo «¿Fue el modernismo una desviación?», en *Historia de las literaturas europeas de vanguardia*, de Guillermo de Torre, aunque creo no recoge la crítica a Valle-Inclán.